

consentido la fuga de su enemiga, cerrando los ojos á cuanto veía, y en fin, que he vendido, si, la causa de mi rey...

La vizcondesa pareció conmovida, y miró á Canolles con una compasión casi tierna.

— ¿No tenéis la mejor de todas las disculpas, la imposibilidad? ¿Podiais sólo detener la imponente escolta de la princesa? ¿Os habían ordenado combatir solo contra cincuenta caballeros?

— No estaba solo, señora, dijo el barón moviendo la cabeza. Yo tenia, y tengo aun ahí, en el bosque, á quinientos pasos de nosotros, doseientos soldados, que puedo reunir y llamar á mi lado con solo un silvido; por consiguiente, me era muy fácil detener á la princesa, que por su parte no podría resistir. Y en fin, suponiendo que mi escolta fuese más débil que la suya, en vez de ser cuatro veces más fuerte, en todo caso podía combatir, y podía hacerme matar combatiendo; esto me seria tan fácil, continuó el joven inclinándose más y más, como grato me seria tocar esa mano, si me atreviese á hacerlo.

En efecto, aquella mano en que el barón fijaba sus ardientes ojos, aquella mano fina, torneada y blanca, aquella mano insinuante habia caído fuera de la cama, y palpataba á cada palabra del joven. La vizcondesa, ciega también por esa electricidad del amor, cuyos efectos habia ya experimentado en la pequeña posada de Jaulnay, no pudo pensar que debía retirar aquella mano que inspirara al barón un tan feliz punto de comparación. Ella se olvidó de esto, y el joven oficial, dejándose caer de rodillas, aplicó su boca sobre la mano con una timidez voluptosa, que al contacto de sus labios se retiró como si la hubiese quemado un hierro ardiendo.

— ¡Gracias, señor de Canolles! dijo la joven: os agra-

dezo en el fondo de mi corazón lo que habéis hecho por mí, y creed que no lo olvidaré nunca. Pero duplicad el precio del servicio que me hacéis, apreciando mi posición y retirándoos. ¿No es necesario que nos separemos, puesto que está terminado vuestro encargo?

Este *nos*, pronunciado con una entonación tan dulce, que pareció contener un viso de pesar, hizo vibrar con dolor hasta las fibras más secretas del corazón de Canolles. En efecto, el sentimiento del dolor casi siempre existe en el fondo de las alegrías extramadas.

— Obedeceré, señora, dijo. Sólo os haré observar, no por eludir mi obediencia, sino por evitaros tal vez un remordimiento, que si os obedezco soy perdido. En el instante en que confiese mi falta, y en que no aparezca como el juguete de vuestra astucia, seré víctima de mi complacencia... Se me declarará traidor; seré encarcelado... pasado por las armas quizás; y esto es muy sencillo, porque he cometido una traición.

Clara dió un grito y cogió involuntariamente la mano del barón, que soltó en seguida, dejándola caer con una confusión deliciosa.

— Entonces, ¿qué haremos? dijo ella.

El corazón del joven se dilató: esta dichosa fórmula de comunión iba haciéndose favorita en la señora de Cambes.

— ¡Perderos á vos, tan generoso! continuó la joven. ¡Perderos yo; ¡oh! jamás. ¿Á qué precio puedo salvaros? ¡Hablad, hablad!

— Seria necesario que me permitieseis, señora, continuar mi papel hasta el fin. Seria necesario, como he dicho, que yo apareciese engañado, y que diese cuenta al señor de Mazarino de lo que veo y no de lo que sé.

— Sí; pero si se supiese que todo esto lo hacéis por mí, si se trasluciese que nos hemos encontrado antes, que

ya me habéis visto, pensad que entonces yo seré perdida á mi vez.

— Señora, dijo Canolles con profunda melancolía, la frialdad que manifestáis, el aire de dignidad que tan poco os cuesta conservar en mi presencia, me dan á conocer que no dejaréis escapar un secreto, que desde luego no existe en vuestro corazón.

Clara guardó silencio; pero una mirada fugitiva y una imperceptible sonrisa que asomó á su pesar á los labios de la bella prisionera, contestaron al barón de un modo capaz de hacerle el más afortunado de todos los hombres.

— ¿ Me quedaré ? dijo con una inexplicable sonrisa.

— ¡ Ya que es preciso !... contestó la vizcondesa.

— En ese caso voy á escribir al señor de Mazarino.

— Sí; idos.

— ¿ Cómo ?

— Digo que vayáis á escribirle.

— No, es menester que yo le escriba desde aquí, desde vuestra cámara; es menester que feche mi carta desde el pie de vuestra cama.

— Pero eso no está en el orden.

— Ved mis instrucciones, señora; leedlas vos misma...

Y Canolles dió un papel á la vizcondesa, que leyó :

« El barón de Canolles guardará de vista á la señora princesa y al duque de Enghien su hijo. »

— De vista, dijo Canolles.

— De vista, si; eso dice.

Clara conoció entonces todo el partido que un hombre enamorado, como lo estaba el barón, podía sacar de aquellas instrucciones; pero también conoció el servicio que prestaba á la princesa prolongando respecto á ella el error de la corte.

— Escribid, pues, dijo como mujer resignada.

Canolles la interrogó con la mirada, y del mismo modo le mostró ella un *necceser*, que contenía todo lo necesario para escribir: Canolles abrió aquel mueble, del que sacó papel, tintero y pluma, colocándolos sobre una mesa, que acercó todo lo posible á la cama. Pidió, como si Clara fuese aun la princesa, el permiso para sentarse, que le fué concedido, y escribió al señor de Mazarino el oficio siguiente:

« Monseñor :

» He llegado al castillo de Chantilly á las nueve de la noche: V. Ema. puede conocer que no he omitido en nada la diligencia, puesto que á las seis y media tuve el honor de recibir su permiso.

He hallado á las dos princesas en cama: la señora viuda gravísimamente enferma, y la princesa fatigada de una grande caza que ha hecho durante el día.

Según las instrucciones de V. Ema., me he presentado ante SS. AA., que en el mismo instante han despedido á todos sus convidados, y en este momento tengo á mi vista á la señora princesa y su hijo. »

— Y su hijo, repitió el joven volviéndose á la vizcondesa. ¡ Diablos ! me parece que miento, y á la verdad no quisiera mentir.

— Tranquilizaos, replicó Clara riendo; si no habéis visto aun á mi hijo, vais á verle.

— Y su hijo, dijo Canolles riendo, y continuando su carta donde había quedado.

« Desde la misma cámara de la princesa y sentado á la cabecera de su cama, tengo el honor de dirigir estas líneas á V. E. »

Firmó, y después de pedir respetuosamente su permiso á Clara, tiró de un llamador. Poco después entró un ayuda de cámara.

— Llamad á mi lacayo, dijo Canolles, y avisadme cuando esté en la antesala.

Cinco minutos después avisaron al barón que Castorin estaba en su puesto.

— Toma, le dijo Canolles: lleva este billete al oficial que manda mis doscientos hombres, y dile que lo mande á París por expreso.

— Pero, señor barón, respondió Castorin, á quien semejante comisión en medio de la noche parecía que no le agradaba, creía haberos dicho que el señor Pompeyo me había contratado al servicio de la señora princesa.

— Y en nombre de la señora princesa te trasmito esa orden. V. A., dijo Canolles volviéndose hacia la cama, tendrá la bondad de confirmar mis palabras. Ya sabéis de cuánta importancia es que esta carta sea remitida en el instante.

— Id, dijo la fingida princesa con una entonación y un gesto llenos de majestad.

Castorin se inclinó hasta el suelo, y salió.

— ¿Ahora, dijo Clara dirigiendo hacia Canolles sus manecitas juntas y suplicantes, os vais á retirar, sí?

— ¡Perdonad, señora! respondió Canolles... ¿Y vuestro hijo?

— Es justo, contestó Clara sonriendo. Vais á verle.

En efecto, apenas hubo acabado la señora de Cambes de decir estas palabras, arañaron á la puerta, según costumbre de entonces. — Parece que el cardenal de Richelieu, en su afición por los gatos, había puesto á la moda esta manera de llamar. Durante el tiempo de su larga privanza, habían arañado á la puerta del señor de Richelieu;

después, á la del señor de Chaviny, que tenía justo derecho á esta sucesión, aunque no fuese más que á título de heredero natural; y últimamente á la del señor de Mazarino. Así, pues, no había dificultad en arañar también á la puerta de la princesa.

— Ya vienen, dijo la señora de Cambes.

— Bueno. Entonces vuelvo á recobrar mi carácter oficial.

Y el barón separó la mesa, quitó de en medio la silla, tomó su sombrero, y se colocó respetuosamente de pies á cuatro pasos de la cama de la princesa.

— Adentro, dijo la vizcondesa.

En seguida entró en la sala el cortejo más ceremonioso que pudiera verse.

Componiase de damas, oficiales, camareros, todo el servicio ordinario de la princesa.

— Señora, dijo el primer camarero, se ha despertado á monseñor el duque de Enghien, y puede aun recibir ahora al mensajero de S. M.

Una mirada que dirigió el barón á la señora de Cambes, la dijo tan claramente como habría podido hacerlo la voz:

— ¿Era esto en lo que habíamos quedado?

Esta mirada, que contenía todas las súplicas de un corazón alligido, fué comprendida maravillosamente, y sin duda por reconocimiento á todo cuanto Canolles había hecho, y tal vez por ejercer algún tanto esa malicia oculta eternamente en lo más profundo de los mejores corazones femeniles.

— Traed aquí, dijo, al señor duque de Enghien. Este caballero verá á mi hijo en mi presencia.

Apresuráronse á obedecer; y pasado un instante penetró en la estancia el joven príncipe.

Hemos dicho que siguiendo Canolles hasta en sus más pequeños pormenores los últimos preparativos de marcha

de la princesa, había visto al joven príncipe jugar y correr, pero sin percibir su semblante. Sólo había observado que su traje era un sencillo vestido de caza, y creyó que no por atención á él se le había revestido con el espléndido traje que á su vista se presentaba. La idea que ya tenía de que el príncipe había marchado con su madre, llegó á convertirse en realidad: durante algún tiempo contempló en silencio al heredero del ilustre príncipe de Condé, y sin disminuir en nada el respeto que debía demostrar, se dibujó ligeramente en sus labios una imperceptible sonrisa de ironía.

— Tengo á mucha felicidad, dijo inclinándose, ser admitido á gozar el honor de presentar mis homenajes á monseñor el duque de Enghien.

La señora vizcondesa, en quien el niño tenía fijos sus grandes ojos, le hizo seña de saludar con la cabeza, pareciéndole que el barón seguía todos los accidentes de esta escena con aire socarrón.

— Hijo mío, dijo con un cálculo de malignidad que hizo estremecer á Canolles, que adivinaba ya por el movimiento de los labios de la señora de Cambes que iba á ser víctima de alguna traición femenina; hijo mío, el oficial que tenéis delante es el señor barón de Canolles, enviado por S. M.: dad vuestra mano á besar al señor barón de Canolles.

Á esta orden, Perico, que estaba instruido perfectamente por Lenet, que como había prometido á la princesa se había encargado de su educación, alargó una mano que no había tenido tiempo ni medio de convertir en mano de noble, y fué preciso que Canolles estampase en ella un beso, entre las risas ahogadas de los circunstantes. Un hombre menos experto que el barón en la materia, habría fácilmente reconocido la burla que se le jugaba.

— ¡ Ah, señora de Cambes ! murmuró Canolles ; ¡ ya me pagaréis este beso !

Y al mismo tiempo se inclinó respetuosamente ante Perico, en acción de gracias por el honor que le acababa de dispensar.

Después, conocido que en pos de esta prueba, la última del programa, le era imposible permanecer por más tiempo en la habitación de una mujer, dijo volviéndose hacia el lecho :

— Señora, mi misión de esta noche ha terminado ; sólo espero vuestro permiso para retirarme.

— Retiraos, caballero, dijo Clara. Ya veis que estamos aquí muy tranquilas ; podéis dormir tranquilo también.

— Sólo me resta suplicaros me dispenséis un eminente favor, señora.

— ¿Cuál? preguntó la señora de Cambes, inquieta, porque había comprendido por la entonación de la voz del barón, que se disponía á tomar el despique.

— La de acordarme la gracia que acabo de recibir de vuestro hijo.

Esta vez estaba presa la vizcondesa : no había medio de rehusar á un oficial del rey el favor ceremonioso que reclamaba así en presencia de todos. La señora de Cambes alargó al barón su mano temblando.

Él se adelantó hacia el lecho, como lo habría hecho hacia el trono de una reina, asió por la punta de los dedos la mano que se le presentaba, puso una rodilla en tierra, y estampó sobre aquella piel fina y blanca un prolongado beso, que todos atribuyeron á respeto, y que sólo para la vizcondesa fué una ardiente presión de amor.

— También me habeis prometido y aun jurado, dijo á media voz Canolles levantándose, no salir del castillo sin

darme aviso. Cuento con la promesa y con el juramento.

— Contad con ellos, caballero, contestó la señora de Cambes, cayendo sobre su almohada casi desvanecida.

El barón, á quien había hecho estremecer la expresión de la voz, trató de leer en los ojos de la bella prisionera la confirmación de la esperanza que le había dado su acento; pero los hermosos ojos de la vizcondesa estaban herméticamente cerrados.

Canolles reflexionó que los cofres cerrados son los que contienen los más preciosos tesoros, y se retiró con el paraíso en el alma.

Decir cómo nuestro hidalgo pasó aquella noche, cómo velando ó durmiendo no tuvo más que un ensueño delicioso, durante el cual pasaron por su imaginación todos los pormenores de la quimérica aventura que ponía en sus manos el más precioso tesoro que haya podido abrigar jamás un avaro bajo las alas de su corazón; referir los proyectos que hizo para someter el porvenir á los cálculos de su amor y á los caprichos de su fantasía; enumerar las razones que se dió á sí mismo para convenirse de que obraba bien, sería cosa imposible, mayormente siendo la locura una fatiga irresistible para todo otro espíritu que el del loco.

Canolles se durmió tarde, dado caso que pueda llamarse sueño al delirio febril que sucedió á su velada; y no obstante, apenas alumbraba el día la cima de los álamos, aun no había descendido hasta la superficie de las claras aguas en que duermen las ninfas de largas hojas, cuyas flores solo se abren al sol, cuando ya Canolles abandonara el lecho, y vistiéndose de prisa había bajado al jardín. Su primera visita fué hacia el ala que habitaba la princesa, su primera mirada á la ventana de su habitación: ya sea que la prisionera aun no se hubiese dormido, ó que se

hubiese despertado ya, una luz demasiado fuerte para ser la de una lámpara de noche, enrojecía las cortinas de damasco, herméticamente corridas. Canolles se detuvo á su vista, que sin duda hizo entrar en aquel momento en su corazón gran número de insensatas conjeturas; y sin llevar más adelante su paseo, aprovechándose del zócalo de una estatua, que le ocultaba convenientemente, entabló á solas con su quimera ese diálogo eterno de los pechos enamorados, que encuentran el objeto amado en todas las poéticas emanaciones de la naturaleza.

Hacia cosa de media hora en que el barón se hallaba todavía en su observatorio, mirando con indecible dicha aquellas cortinas ante las cuales cualquiera otro habría pasado con indiferencia, cuando vió abrir una ventana de la galería, apareciendo en su fondo casi entera la honesta figura de Maese Pompeyo. Todo cuanto tenía relación con la señora de Cambes, inspiraba al barón un poderoso interés; así es que retirando la vista de las magnéticas cortinas, creyó observar que Pompeyo trataba de establecer con él una correspondencia por señas. Al principio dudó Canolles que estas señas le fuesen dirigidas, y miró á su alrededor; pero Pompeyo, que notó la duda en que se encontraba el barón, acompañó á sus señas un siseo apelativo, que habría parecido muy poco en el orden de parte de un escudero al embajador de S. M. el rey de Francia, si este siseo no hubiese tenido por escusa una especie de punto blanco casi imperceptible á otros ojos que los de un enamorado, que inmediatamente reconoció en este punto blanco un papel doblado.

— ¡ Un billete! dijo para sí Canolles. Me escribe, ¿ qué significa esto?

Y se acercó casi temblando, aunque su primer movimiento fué una extremada alegría; pero hay siempre en

las grandes alegrías de los enamorados cierta parte de aprensión, en que tal vez consiste su mayor encanto: tener la convicción de la felicidad, no ser ya feliz.

Á medida que el barón se aproximaba, Pompeyo se aventuraba más á mostrar el papel; por último, Pompeyo extendió el brazo, y Canolles tendió su sombrero. Estos dos hombres se habian comprendido prodigiosamente, como se vé; el primero dejó caer el billete, y el segundo le recibió con destreza, y en seguida se internó en un sotillo para leerle libremente; mientras que Pompeyo, sin duda por temor al reuma, cerró en el momento la ventana.

Pero no se lee así como así el primer billete de la mujer que se ama, sobre todo cuando el billete inespereado no presenta más motivo de turbación que el de temer que atente á nuestra felicidad. En efecto, ¿qué tenía que decirle la señora de Cambes, cuando en nada se había alterado en la especie de programa concertado la víspera entre ambos? ¿No podía contener este billete alguna fatal noticia?

Canolles estaba tan convencido de esto, que en lugar de aplicar el papel á sus labios, como lo acostumbra á hacer un amante en tales casos, le volvió y le revolvió por todos los lados mirándole con un terror progresivo. Sin embargo, como al fin era preciso abrirle, sea en un momento, sea en otro, llamó en su ayuda todo su valor, rompió el sello, y leyó:

« Caballero: continuar por más tiempo en la situación en que estamos, es cosa absolutamente imposible. Yo espero que seréis del mismo modo de pensar: vos debéis padecer, siendo considerado por todos los habitantes de casa como un vigilante desagradable; y por otra parte, debo temer, si os recibo con más agrado que en mi lugar

lo haría la princesa, que llegue á traslucirse que ejecutamos una doble comedia, cuyo desenlace sería indudablemente la pérdida de mi reputación. »

El barón se enjugó la frente: sus presentimientos no le habian engañado. El día, ese gran disipador de fantasmas, había venido á desvanecer todos sus sueños dorados. Movié lentamente la cabeza, dió un suspiro, y continuó:

« Fingid que descubris la intriga de que hemos usado: para llegar á conseguir este descubrimiento, hay un medio muy sencillo, que yo misma os suministraré, si me prometéis acceder á mi ruego. Ya veis cómo no trató de disimular absolutamente cuánto dependo de vos. Si accedéis á mi súplica, os haré entregar un retrato mío, que lleva mi nombre y mis armas al pie. Diréis que os habéis encontrado este retrato en una de vuestras rondas nocturnas, y que por él habéis conocido que no soy yo la princesa. »

« Necesito deciros que, como un recuerdo de mi gratitud, que conservaré en el fondo de mi corazón, si partís esta mañana misma, os autorizo (suponiendo, no obstante, que le tengáis por de algún valor), os autorizo para que guardéis esta miniatura. »

« Dejados sin volverme á ver, si es posible, y llevaréis consigo toda mi gratitud, mientras que por mi parte conservaré vuestro recuerdo como el de uno de los caballeros más nobles y leales que he conocido en mi vida. »

El barón volvió á leer el billete, y quedó petrificado. Por grande que sea el favor que se dispense en una carta de despedida, por mucha que sea la dulzura con que se encubra una repulsa, ó un adiós, no por esto dejan de ser el adiós, la repulsa y la despedida, una cruel decepción para el alma. Sin duda era una cosa muy grata aquel retrato, pero la causa que motivaba su ofrecimiento dis-

minuía gran parte de su valor. Además, ¿de qué servía el retrato teniendo allí el original bajo su mano, y pudiendo no dejarle escapar?

Sí; pero Canolles, que no había dado un paso atrás ante la cólera de la reina y de Mazarino, temblaba ante un gesto de disgusto de la señora de Cambes.

Sin embargo, ¿cómo le había engañado esta mujer, primero en el camino, después en Chantilly tomando el puesto de la princesa, y últimamente dándole la vispera una esperanza, que le robaba al otro día! Pero de todas estas decepciones, ninguna le era tan cruel como esta última. En el camino, ella no le conocía, y se libraba de un compañero molesto, y nada más; tomando el puesto de la señora de Condé, obedecía á una orden impuesta, desempeñaba un papel designado por su seberana, y no le era posible obrar de otro modo; pero esta vez que ya le conocía, después de haber parecido apreciar su desprendimiento, después de haber pronunciado dos veces aquel *nos*, que había vibrado hasta en el fondo del corazón del joven, volverse atrás, deshacerse de su bondad, renegar de su reconocimiento, escribir, por último, una carta semejante, esto era á los ojos del barón, más que crueldad, casi un desprecio.

De este modo se despechaba, se dejaba llevar por una dolorosa cólera, sin advertir que detrás de aquellas cortinas, tras de las cuales había desaparecido la luz como si el día la hubiese absorbido, una espectadora bien cubierta por el damasco y por los tableros de la ventana, miraba la pantomima de su desesperación saboreándola tal vez.

«Sí, sí, decía el joven acompañando sus pensamientos con gestos análogos al sentimiento que le preocupaba; sí; esta es una despedida en regla, un grande acontecimiento coronado por un desenlace vulgar, una esperanza poética

trocada en una decepción brutal; pero no aceptaré así el ridículo que se me prepara. Más apreciaría su odio que no esta pretendida gratitud que me promete. ¡Ah, si! ¡fíame ahora en su promesa!... Esto sería como confiarse en la constancia del viento y en la calma del mar. ¡Ah, señora, señora! continuó el barón dirigiéndose hacia la ventana; esta es la segunda vez que os escapáis; pero os juro, que si encuentro una ocasión semejante, no os escaparéis la tercera.

Y Canolles subió á su aposento con intención de vestirse y entrar, fuese de grado ó por fuerza, en la habitación de la señora de Cambes. Pero al entrar en la suya y fijar la vista en el reloj, observó que apenas eran las siete.

Aun no había nadie levantado en el castillo. Canolles se echó sobre un sitial y cerró los ojos para refrescar sus ideas y arrojar, si era posible, los fantasmas que danzaban á su alrededor, no abriéndolos más que para consultar su reloj de cinco en cinco minutos.

Dieron las ochó, y el castillo empezó á animarse, llenándose poco á poco de ruido y movimiento. Esperó Canolles aun media hora con extremada inquietud. Por último, no pudiendo contenerse más, bajó; y atrapando á Pompeyo, que tomaba con orgullo el aire en el gran patio, rodeado de lacayos, á quienes refería sus campañas en Picardía con el difunto rey, le dijo como si lo viese al pobre por la primera vez:

— ¿Sois vos el mayordomo de S. A.?

— Sí, señor, replicó Pompeyo admirado.

— Tened la bondad de avisar á S. A., que desco se me dispense el honor de ofrecerle mis respetos.

— Señor... pero S. A....

— S. A. está levantada.

— Sin embargo...

— Id.

— Yo creía que vuestra partida...

— Mi partida dependerá de la entrevista que voy á tener con S. A.

— Y digo esto, porque tengo una orden del rey.

Á estas palabras, Canolles golpeó majestuosamente sobre el bolsillo de su casaca; punto que adoptó como el más satisfactorio de cuantos había podido emplear desde la vispera.

Pero al dar este golpe de Estado, nuestro negociador conocía que todo su valor le abandonaba. En efecto, desde la vispera había disminuido en gran parte su importancia: la princesa había partido cerca de las doce; sin duda habría caminado toda la noche, y por consiguiente debía hallarse á veinte ó veinticinco leguas de Chantilly. Aunque el barón tratase de emplear cualquiera diligencia acompañado de su gente, no había ya medio de alcanzarla; y dado caso de que la alcanzase, habiendo partido con un centenar de caballeros, ¿quién le aseguraba que la escolta de la fugitiva no ascendiese ya á aquella hora á tres á cuatrocientos partidarios? Siempre le quedaba, como había dicho la noche anterior, el recurso de hacerse matar; ¿pero tenía derecho de sacrificar consigo á los hombres que le acompañaban, terminando así con una escena sangrienta sus caprichos amorosos? La vizcondesa, si él se había equivocado la vispera acerca de los sentimientos que la animaban hacia él; si su turbación no había sido más que una farsa, podía burlarse abiertamente de él, y tenía entonces que sufrir la silba de los lacayos y de los soldados ocultos en el bosque, la desgracia de Mazarino, la cólera de la reina, y sobre todo la ruina de su naciente amor; porque jamás una mujer ha

amado al que un solo instante ha intentado poner en ridículo.

Mientras les daba vuelta á todos estos pensamientos en su imaginación, llegó Pompeyo con las orejas bajas á decirle que la señora princesa le esperaba.

Esta vez se suprimió todo ceremonial. La señora de Cambes le esperaba vestida y de pie en un pequeño salón contiguo á la cámara. Estaban impresas sobre su semblante las señales del insomnio, que en vano había tratado de desvanecer: sobre todo, un ligero tinte aplomado que cubría la órbita de sus ojos, indicaba que éstos no se habían cerrado, ó se habían cerrado apenas.

— Ya veis, caballero, dijo la vizcondesa sin dejarle tiempo de hablar, que accedo á vuestros deseos, pero con la esperanza, lo confieso, de que esta entrevista será la última, y que á vuestro turno accederéis á los míos.

— Perdonad, señora, dijo el barón; pero después de vuestra conversación de anoche, había esperado menos rigor en vuestras exigencias, y contaba que en cambio de cuanto he hecho por vos, por vos sola, pues no conozco á la señora de Condé, ¿entendéis? había esperado que os dignaríais soportar por más tiempo mi permanencia en Chantilly.

— Si, señor, lo confieso, contestó la señora de Cambes; en el primer momento... la turbación inherente á la posición en que me encontraba... la magnitud del sacrificio que hacíais por mí... el interés de la princesa que exigía ganase tiempo, pudieron arrancar de mi boca palabras poco acordes con mi pensamiento; pero durante esta larga noche he reflexionado, y vuestra permanencia ó la mía en este castillo por más tiempo son una cosa imposible.

— ¡Imposible, señora! dijo Canolles. ¿Olvidáis que todo le es posible á quien habla en nombre del rey?



— Señor de Canolles, yo espero que ante todas cosas seréis caballero, y no trataréis de abusar de la posición en que me ha colocado mi lealtad á la princesa.

— Señora, contestó el barón, ante todas cosas, es preciso convenir en que soy un loco. Bien lo debéis haber conocido; pues sólo un loco habría podido hacer lo que yo he hecho. ¿No os apiadaréis de mi locura, señora? ¿No me obliguéis á partir, os lo suplico!

— En ese caso seré yo quien os ceda el puesto, caballero. Yo seré quien, á vuestro pesar, os llamaré á vuestros deberes. Veremos si me detenéis á la fuerza, si nos expondréis á entrambos al estallido de un escándalo. ¿No, no, caballero! continuó la señora de Cambes con un acento, que Canolles sentía vibrar por primera vez; no: ya reflexionaréis que no puede ser eterna vuestra permanencia en Chantilly; ya os acordaréis de que os esperan en otra parte.

Esta palabra, que brilló como un relámpago á los ojos de Canolles, le recordó la escena de la posada de Biscarrós, el descubrimiento que la vizcondesa había hecho de las relaciones del joven con Nanon, y entonces lo comprendió todo.

Aquel insomnio no era producido por las ansiedades del presente, sino por los recuerdos del pasado. La resolución de la mañana, que propendía á evitar la presencia del barón, no era el resultado de la reflexión, sino la impresión de los celos.

Medió entonces entre estas dos personas, de pie una delante de la otra, un instante de silencio; pero durante este silencio, cada cual escuchaba la voz de su propio pensamiento, que hablaba dentro de su pecho por medio de los latidos de su corazón.

— ¡Celosa! decía Canolles, ¡celosa! ¡Oh! todo lo

comprendo desde este momento. ¡Sí, sí! ¡Quiere convencerse de que la amo bastante para sacrificarle cualquier otro amor! ¡Esto es una prueba!

Por su parte, la señora de Cambes se decía:

— Yo soy para el barón una distracción de ánimo; me ha encontrado en su camino en el momento, sin duda, en que se veía obligado á abandonar la Guiana, y me ha seguido como sigue el viajero á un fuego fatuo; pero su corazón se ha quedado en la casita rodeada de árboles adonde iba la tarde que le encontré. Es enteramente imposible que yo conserve cerca de mí á un hombre que ama á otra, y á quien tendría la debilidad de amar tal vez si le viese por más tiempo. ¡Oh! ¡Sería, no sólo vender mi honor, sino también los intereses de la princesa, si fuese débil hasta el punto de amar al agente de sus perseguidores!

Así es, que exclamó súbitamente, contestando á su propio pensamiento.

— ¡Oh! no, no: es menester que partáis, caballero. Partid, ó parto yo.

— ¿Olvidáis, señora, dijo Canolles, que me habéis dado la palabra de no partir, sin advertírmelo antes?

— Pues bien, caballero; os advierto que salgo de Chantilly en este mismo instante.

— ¿Y creéis que lo permitiré? dijo Canolles.

— ¡Cómo! exclamó la vizcondesa, ¿me sujetaríais por fuerza?

— Señora, yo no sé lo que haré. Lo que si sé es que me es imposible dejaros.

— ¿Entonces soy vuestra prisionera?

— Sois una mujer á quien he perdido ya dos veces, y á quien no quiero perder la tercera.

— ¡Eso es una violencia!

— Sí, señora, violencia, contestó el barón, si este es el único medio de conservarlos.

— ¡ Oh ! exclamó la señora de Cambes ; en efecto, ¡ es una felicidad conservar á una mujer que gime, que reclama su libertad, que no os ama, que os detesta !

Canolles se estremeció y trató de desenvolver rápidamente todo cuanto se agolpaba á sus labios y á su pensamiento. Comprendió que era llegado el momento de jugar el todo por el todo.

— Señora, dijo el barón, las palabras que acabáis de pronunciar con un acento tan veraz, que no dan cabida á meditar su significado, han resuelto todas mis incertidumbres. ¡ Vos gemir, vos ser esclava ! ¡ Yo retener á una mujer que no me ama, que me detesta ! No, señora, no : tranquilizaos, no será así. Yo había creído que la felicidad que siento al veros, os haría soportable mi presencia ; había esperado, después de haber perdido mi consideración, el reposo de mi conciencia, mi porvenir, mi honor, tal vez, que me indemnizaríais este sacrificio, concediéndome algunas horas, que sin duda no volveré á encontrar jamás. Todo esto era posible si me hubieseis amado... si os hubiera sido indiferente al menos ; porque sois buena, y habríais hecho por piedad lo que otra hiciera por amor. Pero no tengo que luchar con la indiferencia, sino con el odio ; y desde luego es muy distinto, tenéis razón. Solamente me perdonaréis, señora, el no haber comprendido que podía obtenerse odio en cambio de un amor desenfrenado. Á vos toca permanecer reina y señora libre en este castillo, como fuera de él, y á mi retirarme, como lo hago. Dentro de diez minutos habréis reconquistado vuestra libertad. ¡ Adiós, señora, adiós para siempre !

Y el barón, con un desorden que siendo fingido al principio, se había trocado en real y doloroso al fin de su

período, saludó á la vizecondesa, se volvió buscando la puerta, que no encontraba, y repitiendo la palabra ¡ adiós ! ¡ adiós ! con un acento tan profundamente sentido, que partiendo del corazón, tocaba al corazón. Las verdaderas aflicciones tienen su eco propio, como las tempestades.

La señora de Cambes no esperaba esta obediencia de Canolles ; había reunido sus fuerzas para una lucha, mas no para una victoria, y á su vez se sintió dominada por tanta resignación unida á tanto amor. Y como el joven hubiese ya dado dos pasos hacia la puerta, extendiendo los brazos con una especie de sollozo, sintió de pronto una mano que se apoyaba sobre su hombro con la presión más significativa ; no era sólo tocarle, era detenerle.

Canolles se volvió.

La señora de Cambes estaba en pie delante de él. Su brazo, graciosamente extendido, aun tocaba su hombro, y la expresión de dignidad que se notaba poco antes en su semblante, se había convertido en una deliciosa sonrisa.

— ¡ Muy bien, caballero ! le dijo : ¡ así es como obedecéis á la reina ! Vais á partir teniendo orden de permanecer aquí. ¡ Sois un traidor !

Canolles dió un grito, cayó de rodillas, y apoyó su frente ardorosa en las dos manos que ella le tendía.

— ¡ Oh, esto es para morir de gozo ! exclamó,

— ¡ Ay ! no os regocijéis aún, dijo la señora de Cambes ; pues si os detengo, no es por otra cosa sino porque no nos separemos así ; es porque no llevéis la idea de que soy una ingrata ; es porque me deis con gusto la palabra que os he dado yo, y veáis en mí á lo menos una amiga, ya que los partidos opuestos que seguimos me impiden ser para con vos otra cosa jamás.

— ¡ Oh, Dios mio ! dijo Canolles, mé había engañado aún otra vez. ¡ Vos no me amáis !

— No hablemos ahora de nuestros sentimientos, barón, sino del peligro que ambos corremos en permanecer aquí. Vamos, partid, ó dejadme partir : es preciso.

— ¡ Qué decís, señora !

— La verdad. Dejadme aquí ; volved á París ; decid á Mazarino y á la reina lo que os ha sucedido. Yo os ayudaré en cuanto esté de mi parte ; ¡ pero partid, partid !

— ¿ Cuántas veces habré de repetíroslo ? exclamó el barón ; ¡ dejaros es morir !

— No, no : vos no moriréis, porque conservaréis la esperanza de que nos volveremos á encontrar en tiempos más felices.

— La casualidad me ha interpuesto en vuestro camino, señora, ó mejor dicho, os ha colocado en el mío dos veces ya. La casualidad se puede cansar, y si os pierdo no os encontraré más.

— ¡ Pues bien ! en ese caso yo os buscaré.

— ¡ Oh, señora ! mandadme morir por vos : la muerte es un instante de dolor, y nada más ; pero no me pidáis que os deje aún, esta idea despedaza mi corazón. Pensadlo bien ; si apenas os he visto, apenas os he hablado.

— Pues bien ; si os prometo permanecer aquí todo el día ; si todo el día podéis verme y hablarme. ¿ estaréis contento ? Decid.

— Yo nada prometo.

— Entonces yo tampoco. Un solo compromiso habia contraído con vos ; ya lo sabéis, el de avisaros el momento en que partiria. Pues bien, dentro de una hora parto.

— ¿ Conque es necesario hacer todo cuanto queréis ? ¿ Es preciso obedeceros á todo trance ? ¿ Hacer abnegación de mi mismo, por seguir ciegamente vuestra voluntad ? Pues bien, si todo esto es indispensable, seréis com-

placida : no tenéis delante más que á un pobre esclavo, dispuesto á obedeceros. Mandad, señora, mandad.

Clara tendió la mano al barón, y con la voz más dulce y halagüeña, le dijo :

— Un nuevo tratado en cambio de mi palabra : si no me separo de vos desde este momento hasta las nueve de la noche, ¿ partiréis á las nueve ?

— Os lo juro.

— Venid, pues. El cielo está sereno, y nos promete un delicioso día ; hay rocío en las praderas, perfumes en el aire y bálsamo en las florestas. — ¡ Hola, Pompeyo !

El digno mayordomo, que sin duda habia recibido orden de permanecer en la puerta, entró en seguida...

— Mis caballos de paseo dijo la señora de Cambes con aire de princesa ; ésta mañana voy á los estanques, y pasaré por la quinta, donde pienso desayunarme... Vos me acompañaréis, señor barón, continuó ; está en las atribuciones de vuestro cargo, una vez que habéis recibido de S. M. la reina la orden de no perderme de vista.

Una nube de sofocante alegría cegaba al barón y le envolvía como esos vapores que en otros tiempos transportaba al cielo á los antiguos dioses. Dejose conducir sin oposición y sin voluntad casi ; pues estaba trastornado, ebrio, loco. Bien pronto en medio de un delicioso bosque, y por entre calles misteriosas, cuyos pimpollos caían flotantes sobre su frente desnuda, abrió los ojos á la realidad : estaba de pie, mudo, con el corazón comprimido por un goce casi tan punzante como el dolor, caminando con su mano enlazada á la de la vizcondesa, que iba tan pálida, tan muda, y seguramente tan dichosa como él.

Pompeyo les seguía á una respetuosa distancia, bastante cerca para verlo todo, bastante lejos para no oír nada.